

HERNANDO HÖLQUIN Y CARO

DISCURSO
EN HONOR DE LOS MARTIRES
DE 1816,
PRONUNCIADO EN NOMBRE
DE LA
ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

-- 11 DE JUNIO DE 1916 --

ARBOLEDA & VALENCIA - BOGOTA

NICOLÁS GARCÍA SAMUNO

Excelentísimo señor:

Esta solemnidad, tan cristiana como patriótica, en la cual, por generosa iniciativa de la Academia Nacional de Historia, nos congregamos a conmemorar el sacrificio de los mártires de la patria, más que el frágil tributo de una elocuencia imposible, demanda el homenaje de las lágrimas y el silencio.

Con honda emoción acabamos de penetrar en aquel edificio antiguo y venerable que, erigido a la sabiduría por manos piadosas, fue albergue y morada de estudios para muchos de los héroes que hoy recordamos, y que, convertido luego en prisión y capilla de muerte, recibió de no pocos de ellos las últimas confidencias y los votos supremos; y al recorrer las calles que ellos mismos transitaban hace un siglo, camino del patíbulo, y al llegar a este sitio, regado con su sangre y eternizado con su memoria, parece que una extraña conmoción eléctrica se apodera de nuestro sér, y nos preguntamos, entre asombra-

dos y confundidos, en qué fuente bebieron ellos la sobrehumana vocación al martirio, y si nosotros sus hijos hemos sabido corresponder a patriotismo tan excelso y a tamaño sacrificio.

¡1815 y 1816! Ayer Cartagena, hoy Bogotá, renuevan el dolor, nunca extinguido, al recuerdo de esas fechas trágicas, y la patria las inscribe, una vez más, en sus anales al lado de sus épicas victorias. Así la antigüedad, a par de los triunfos de la civilización helénica, colocó el sacrificio de Leonidas y de sus bravos compañeros; así en los tiempos modernos la resistencia y espantable abnegación de los rusos en 1812, pone en olvido los lauros del vencedor de la Moskowa; y el patriotismo español no vibra con mayor entusiasmo ante los nombres de Bailén o de Pavía que al recordar las víctimas sangrientas del 2 de mayo.

Nosotros también, al volver los ojos del alma a la época gloriosa de la emancipación, sentimos que allá, en lo más hondo de nuestra conciencia de ciudadanos, vive y palpita, con incomparable fuerza, el amor y la gratitud hacia las víctimas infaustas de la cuchilla pacificadora. Fueron ellos los que abrieron el primer surco y regaron las semillas primeras de la libertad granadina; fueron ellos los que, con palabra inspirada y pluma de sabiduría, partieron en dos la historia del continente, dejando atrás la conquista y la colonia, y mostrando por delante la libertad y el derecho; fueron ellos la aurora de nuestra nacionalidad, y escribieron, no con espada flamígera sino con la sangre de sus venas, la página más bella de Colombia.

Fueron ellos dechado perfecto y personificación sublime del amor a la patria y de lo que alcanza el poder del sacrificio. Ha querido Dios que sobre este mundo, manchado por la culpa, todo lo grande y duradero sea hijo del dolor; nacemos en el dolor y él nos acompaña,

como señal de vida futura, al través de la procelosa existencia, hasta entregarnos en manos de la muerte, que es el mayor de los dolores humanos. La mente del sabio, en las horas llenas de misterio, en que se lanza por espacios infinitos en pos de la verdad, siente las espinas de la duda, que hacen sangrar el alma; el estadista, que todo lo abandona por engrandecer su tierra y que fija en ella la intensidad de su mente y corazón, siente ulcerado el espíritu por lo que uno de ellos mismos, en el siglo XIX, llamó las angustias patrióticas; la verdad religiosa quedó sellada con sangre de mártires, tributo de la humanidad a quien se irguió sobre una roca como cabeza de todos ellos. Así también la libertad exigió siempre el sacrificio, y el sacrificio supremo; así nuestra patria, al venir a la vida, alcanzó como garantía de solidez para el futuro, el sacrificio de los mismos hombres que acababan de trazar su rumbo y sus destinos.

Son ellos también ejemplares magníficos de dignidad humana y de grandeza moral. No todos alcanzan a iluminar su época con el resplandor que irradian las inteligencias soberanas o con el que destellan los sables vencedores; pero esto mismo revela que si hoy, después de un siglo, subyugan el pensamiento, es porque en ellos resplandece una luz inmortal, más alta que ninguna, la de quien sabe vivir en la virtud y morir en el honor.

Err inmenso cometió España al confiar la pacificación de sus provincias de tierra firme «a la ignorante ferocidad de Morillo», según sentencia imborrable del más sabio de los españoles contemporáneos (1). No vio aquel hombre ni vieron sus inhumanos compañeros que al levantar en Santafé y Cartagena, el Cauca, el Socorro, Nieva, Pasto, en toda la extensión del Virreinato, la cuchilla segadora de cabezas proceras, estaban empañando, por una

(1) Menéndez y Pelayo, *Antología de poetas hispano-americanos*.

parte, los blasones de Castilla, y destruyendo por otra los frutos más sazonados y preciosos de la civilización española en estas tierras de América. Porque aquellos mismos varones, que con su virtud y constancia, con su sabiduría y magnanimidad, son objeto hoy de nuestra ferviente admiración, eran cabalmente el honor de la metrópoli y argumento vivo de que no en vano habían llegado aquí arzobispos, virreyes y gobernadores sabios y prudentes, temerosos de Dios, en cuyos pechos se albergaban los sentimientos más favorables a la felicidad de los pueblos. Morillo y Sámano, Enrile y Warleta no vieron nada de eso; creyeron que la ciencia era patrimonio de ideólogos, tomaron la moderación y blandura por señal de debilidad, y pensaron que ante el poder de la fuerza brutal pueden desaparecer o torcer su curso las grandes corrientes morales. Y sin más reflexión ni acuerdo, desataron el torrente de la bárbara persecución, ordenaron a la muerte que empuñase el fúnebre cetro, y establecieron el terror. Y se irguieron los patíbulos. No fue siquiera el escarmiento perpetrado en algún hombre insigne o en un jefe prestigioso; no fue una represalia sangrienta pero transitoria; fue un sistema permanente, un régimen de espanto, cual pocas veces registra la historia. Los hombres ilustres, conductores del movimiento de independencia, los humildes e ignorantes, todos pasaron por ante aquellos tribunales, que, olvidados los principios del derecho natural, condenaban sin fórmula de juicio hoy diez, mañana veinte, a todos los que parecían sospechosos. La plaza mayor de Santafé, la de San Francisco y esta Huerta de Jaime, alamedas y calles, ciudades y pueblos de las provincias, todo quedó bañado con sangre. Causa espanto recordar pormenores de inaudita crueldad, el descuartizamiento de los cadáveres, el levantar y exhibir por los caminos cabezas y miembros mutilados. ¿Quién numerará todas esas víctimas, quien repetirá sus

nombres, quién dirá sus alabanzas?... Villavicencio, Lozano y Casa Valencia, a quienes no valen su clara estirpe ni los servicios prestados a la metrópoli, la ciencia ni la cristiana filantropía; Hoyos y Camacho, profundos en el derecho, ciego éste último; Rivas y Portocarrero, en quienes fue notoria la munificencia de los grandes señores; Baraya, el bizarro; Gutiérrez, de heredada virtud proverbial; García Rovira, Cabal y Liborio Mejía, cargados de méritos, vencidos como buenos e hidalgos en Cachirí y la Cuchilla del Tambo; Alvarez, Leiva y Arrubla, Torices y García de Toledo, Valenzuela, Pombo, Benítez, Ulloa, García Hevia, Vélez y tántos otros, formados unos en austeras disciplinas intelectuales, y llamados por sus dotes al gobierno del Estado; otros, oscuros y humildes, muchos de nombre desconocido, pero iguales a aquéllos en heroísmo y serenidad, y a quienes cubre la patria agradecida en una misma efusión de amor.

Para apreciar el número y calidad de tales víctimas, baste recordar que el virrey Montalvo, pintando con pluma imparcial el estado de miseria y ruina de estas comarcas a consecuencia del despotismo de Morillo, antes de la época de Sámano, estampaba ya estas palabras: «A esto se agregan las ejecuciones de más de siete mil individuos de las principales familias del Virreinato que han sido pasados por las armas por sentencia del Consejo permanente, a las órdenes del General Morillo»; y baste recordar que las matanzas continuaron hasta el 7 de agosto de 1819, pues en los propios momentos en que se libraba la batalla perecían en el patíbulo Laurencio Sierra, Pioquinto Bernal y Bonifacio Fernández, nombres modestos que cierran aquel cuadro de infortunio.

En medio de esa larga procesión de sombras venerandas dos figuras se destacan que con ningunas otras se confunden; el bronce perpetúa hoy sus imágenes, pero antes estaban ya inmortalizadas en los corazones de los

colombianos. Nacieron ambos en ciudad meridional, que halagan blandas brisas y el Cauca sonoro; puso Dios en sus mentes la llama del genio y se reflejó en sus pechos el fuego del Puracé; educáronse ambos también en el claustro de Cristóbal de Torres; simboliza el uno la austeridad, la firmeza de carácter, la elocuencia dominadora; el otro la blandura de ánimo, la sabiduría incontaminada, y ambos la virtud. Aquél, con pluma justiciera, formuló los agravios de la Colonia, y defendió en noche memorable, con palabra potente «digna del Areópago», los derechos de la revolución americana; éste penetró los secretos de la naturaleza y los misterios de la vida, y soldado al par que sabio, anduvo de colina en colina y de valle en valle señalando las sendas del triunfo; aquél, con visión profética, adivinó el genio de Bolívar; éste, con mirada de águila, siguió el curso de los astros; ostenta aquél cercenada la egregia cabeza, éste atravesado el noble pecho por balas inicuas. Uno y otro, junto con Nariño, se levantan, dominándolo, en el horizonte lejano, a manera de pirámides seculares que el tiempo no toca; y así como vemos al Nilo soberbio pasar delante de las de Egipto rindiéndoles homenaje al copiarlas en sus aguas, el río sagrado de la Historia, del propio modo, rueda ante ellos de continuo, murmurando su gloria.

¿Ni cómo olvidar hoy aquel grupo de admirables mujeres que rindieron su vida por la patria? Una de ellas ya viuda, es decapitada en Cúcuta, en presencia de sus hijos; ésta en el Socorro y aquélla en Mariquita caen heridas en plena juventud; Rosa Zárate perece en Tumaco, junto con su marido, y sus cabezas son enviadas a esta ciudad, donde es fusilada la Pola, al lado de su prometido. Ni fueron ellas las únicas que merecieron el dictado de mártires, nombre que cobija a todas las madres, hijas y esposas que sufrieron tormentos en el alma. Hay una que las personifica noblemente. Hoy, en nuestra peregrina-

nación, hemos detenido la vista en el sitio en que doña Antonia Vergara, cubierta con tocas de viudez, salió al balcón con sus hijos pequeñuelos a contemplar el fúnebre desfile en que va envuelto su marido. Crúzanse allí las miradas, los mudos, supremos adioses, las mutuas y postreras bendiciones; él prosigue, fortalecida el alma, hacia la muerte; ella vuelve, retemplado el corazón, a la lucha sorda de la vida. Aquella escena, a través de un siglo de distancia, sacude nuestros nervios y arranca lágrimas. ¡Oh tú, mujer fuerte y sublime! En aquella hora de tu existencia parece que hubiera descendido sobre tu frente un rayo de la aureola que circundó a la más santa de las mujeres en el camino sangriento del Calvario!

Los próceres que perecieron en los patíbulos durante los años del terror se imponen a las generaciones por las virtudes de que dieron en vida pruebas múltiples y relevantes. Como legisladores y magistrados, como guerreros y hombres civiles, son ellos decoro de su época, prez de la patria y honor de la América. Su pensamiento quedó impreso con huellas de luz en las publicaciones de aquellos años y puede resumirse en el *Memorial de Agravios* de Torres, en el *Diario Político* de Caldas y Camacho y en las Constituciones de las Provincias. ¡Qué filosofía tan profunda la que brilla en tales documentos, qué religiosidad tan pura y elevada, qué nobleza de propósitos, qué desinterés y mansedumbre! Si no en todo acertaron, si no alcanzaron el alto renombre de estadistas con que aclamamos a Nariño, fue por inexperiencia en el gobierno de los pueblos y por un exceso de generoso idealismo. Su grande error, la federación, que abrió las puertas a la anarquía y preparó el terreno a la reconquista española, no fue en ellos resultado de pasiones bastardas. Su inexperiencia se deja ver asimismo en el exceso de pormenores con que recargaron la obra constitucional de las Provincias. En cambio, su acierto fue constante al trazar

las grandes líneas del gobierno, la separación de los poderes públicos, las relaciones entre las dos potestades, y especialmente al formular la garantía y limitación de las libertades civiles; y puede afirmarse sin temor de errar que en todos esos puntos procedieron con mente tan ilustrada y pulso tan firme, que dejan la impresión, al través de los años, de unos videntes del porvenir, comoquiera que cuantas veces, en el transcurso de nuestra agitada existencia, nos hemos apartado de esas sabias máximas, hemos caído o en la dictadura o en la anarquía. Aleccionados por la experiencia, su misión, al reconstituirse la República, hubiera sido grande y fecunda. Todo lo que hubo en ellos de ilusorio, de prematuro o fragmentario, fue cayendo en pedazos, como los moldes inútiles de una estatua, y sólo queda en pie ante la posteridad lo que tiene la firmeza y brillantez del metal bruñido, la grandeza de alma, el patriotismo immaculado y la insospechable sinceridad.

El sentimiento religioso y patriótico que los animaba bien puede compendiarse bellamente en aquella fórmula constitucional, que debería perpetuarse en letras de oro: «NO PUEDE HABER FELICIDAD SIN LIBERTAD CIVIL, LIBERTAD SIN MORALIDAD, NI MORALIDAD SIN RELIGIÓN»; y en aquellas palabras solemnes de Caldas, que parecen un eco de los Salmos: «¡Gran Dios! ¿Cómo reconoceremos dignamente estos beneficios debidos a tu bondad? Tú nos salvaste de las manos de nuestros enemigos, sálvanos ahora de nuestras pasiones. Inspíra dulzura, humanidad, moderación, desinterés y todas las virtudes en nuestros corazones; tranquiliza nuestros espíritus: reúne las provincias; fórma un imperio de la Nueva Granada. Nosotros te adoraremos en él: nosotros cantaremos tus alabanzas, y te ofreceremos el sacrificio de nuestros corazones, el más grato a tus ojos».

Los hombres que así hablaban en vida y que tales ejemplos habían dado a los pueblos, bien podían, al acercarse la hora suprema, volver los ojos con confianza a aquel Crucifijo que allí tenemos, abiertos los grandes brazos, símbolo de misericordia, extendidas las dulces manos, cargadas de perdones. ¡El los había guiado en la vida, El los confortó en el suplicio postrero!

Al llegar esa hora de tinieblas, qué visión tan lúgubre la que debió pasar por sus ojos! Deshechos sus esfuerzos, su causa vencida, borrada la noción de patria, mártires ellos y como único patrimonio a sus descendientes la miseria y el infortunio. Ni aun siquiera el consuelo de morir, como tal vez lo soñaron, en campo abierto, mirando al sol, entre el humo del combate, sino en patíbulos infames, con vergüenza para sus nombres. ¡Consuelo ninguno. . . . ni aun siquiera la esperanza!

¡Ah, pero no! que tal vez en esa hora, Dios, bajando hasta ellos, puso en su alma otra visión radiante; y contemplaron en porvenir no lejano un valle angosto, cercado de collados, un torrente en el fondo y un puente que lo cruza; y vieron descender por esas colinas unos llaneros, desgarrados los vestidos pero fulgentes las miradas, y trabarse una lid, y oyeron el retumbar de unas descargas y divisaron al héroe esclarecido, «en su alma el rayo, en su palabra el trueno», subyugar los tercios realistas y atravesar vencedor los polvorientos caminos de esta sabana y acercarse a Santa Fe, mientras huían de aquí despavoridos, como ciervos asaeteados, los últimos representantes de la dominación española, que huían, huían, viendo en cada soldado de Boyacá la sombra de un mártir....

Por eso nosotros, cuando con el favor divino nos agrupemos en 1919 al pie del bronce de Tenerani, habremos de saludar y bendecir en el gran Libertador, antes que al vengador de los Zipas y de los Incas, a vuestro pro-

pio vengador, ¡oh sombras augustas de los mártires de 1816!

¡Dormid en paz entretanto, en este suelo que hicisteis vuestro con la más segura de las conquistas; bajo este polvo, que amasado con vuestra sangre, parece haber servido en la mano creadora para formar la imagen de la patria!

Ella, a semejanza vuestra, lleva en su cuerpo las señales del martirio, porque ella como vosotros antepuso el honor a la fortuna.

Transfigurados por el dolor y por la muerte, ella, en esta hora solemne, os contempla revestidos de ideal hermosura y circundados de un nimbo sereno y luminoso. Vosotros, allá desde el Empíreo, donde veláis la faz ante el trono del Altísimo en mudo acatamiento, sed para nosotros ejemplos y guías; inspirad en nuestros corazones la paz y la concordia, fortificad la virtud, estimulad el desinterés, elevad nuestras mentes de lo que es vil y caduco a lo que es santo y eterno; y si no podemos ser grandes como vosotros, que seamos como vosotros justos y dignos. ¡Oh padres de la patria! ¡Sed para Colombia, en su marcha al través de las edades, sus estrellas más esplendorosas y sus más firmes columnas!